

## DEPORTES

# El 'Obama del boxeo' pasó por Santander

El primer campeón negro del mundo hizo germinar la afición por el pugilismo en la capital cántabra en sus dos estancias

DIEGO COBO / Santander

Paul Valery anotaba en un cuaderno en 1913 que «el retrato profundo de un hombre sería la lista de sus gustos y sus hastíos». Ese mismo año, Jack Johnson, el primer púgil negro que ganó el campeonato de los pesos pesados, el *Obama del pugilato*, ponía pies en polvorosa y se exiliaba en Francia, la tierra del filósofo. Fueron sus gustos, su gusto por la libertad y por no caer en una intrincada red de confabulaciones motivada por su color de piel, lo que le empujó a abandonar los Estados Unidos. Así se forja la leyenda de uno de los grandes del boxeo mundial.

Johnson, el gigante de Galveston, visitó Santander, a bordo del buque Reina María Cristina, un día primavera de mayo de 1915. Apenas un mes antes había caído en La Habana contra un inmenso granjero tejano, Jess Willard. Era ya una leyenda viva que hasta la fecha había conseguido siete títulos mundiales consecutivos. Los socios del Unión Club le recibieron con honores en el muelle.

El Archivo Deportivo de Santander, de Pepe Montaña, y publicado en 1948, se refería así al histórico acontecimiento: «Y le colmaron de atenciones, le rociaron de champaña sus comidas y le llevaron en jiras por Liérganes y Solares.» De dicho calibre fue el acontecimiento que «hasta Juanito Pombo le permitió que cogiera el volante de su auto para lanzarse, a velocidad de vértigo, por las rectas de Heras».

La historia de este hijo de esclavos negros, nacido en la década de unos setenta ya agotados, se escribe con letras de oro en la lucha contra la supremacía blanca. De él dijo el laureado cineasta Ken Burns que «había sido durante trece años el afroamericano más famoso y notorio de la Tierra». Y en unos Estados Unidos en donde la libertad había absorbido la esclavitud tras el triunfo del norte sobre el sur, el racismo era la moneda de curso común en el país. Pero Johnson nunca se acomodó en una sociedad en la que los negros se educaban como podían en malas escuelas, se curaban en hospitales con menos medios y se movían en transportes especiales para ellos.

Su amor por el boxeo se lo brindaron las circunstancias: mientras se ganaba la vida como estibador en los muelles de su ciudad, Galveston (Texas), los enfrentamientos con los colegas del trabajo moldearon su futuro mito. Hasta 1908, año en el que machacó en a Tommy Burns en Sidney –tanto que la pelea la tuvo que detener la policía–, no pudo pelear contra los blancos. Fue campeón del mundo en 1903, pero del campeonato negro, no oficial, clandestino. De hecho, su debut profesional fue en 1897 a la sombra de la legalidad, en un combate contra el que sería su maestro, Choynsky. Ambos fueron encerrados por luchar ilegalmente.



Jack Johnson. / EL MUNDO

Esa coronación como rey de los pesos pesados del planeta en Sidney era algo más que una victoria deportiva. Era la ruptura contra una doctrina de superioridad, para la que los negros eran animales. El que fuera presidente estadounidense a partir de 1923, Coolidge, hablaba así: «Las leyes biológicas demuestran que los nórdicos se deterioran al mezclarse con otras razas». Por eso esa victoria, que se antojaba utópica, fue un zurriagazo en la mentalidad americana.

Y eso no se podía permitir. Había

Varios dientes de Ketchel se quedaron en el guante del campeón mundial

El negro rebelde, mujeriego y amante de los libros se identificaba con Napoleón

que derrotar a aquel negro de 1,86 metros. Y al año siguiente se buscó al libertador adecuado: Stanley Ketchel, campeón mundial de un peso inferior. Mal fario. La paliza se hizo inevitable, y aquel mastodonte curtido en los barrios de Galveston seguía su ca-

rrera deportiva, despreciando el racismo y las amenazas de muerte recibidas y, como un huracán, barriendo todo lo que se presentaba en el camino.

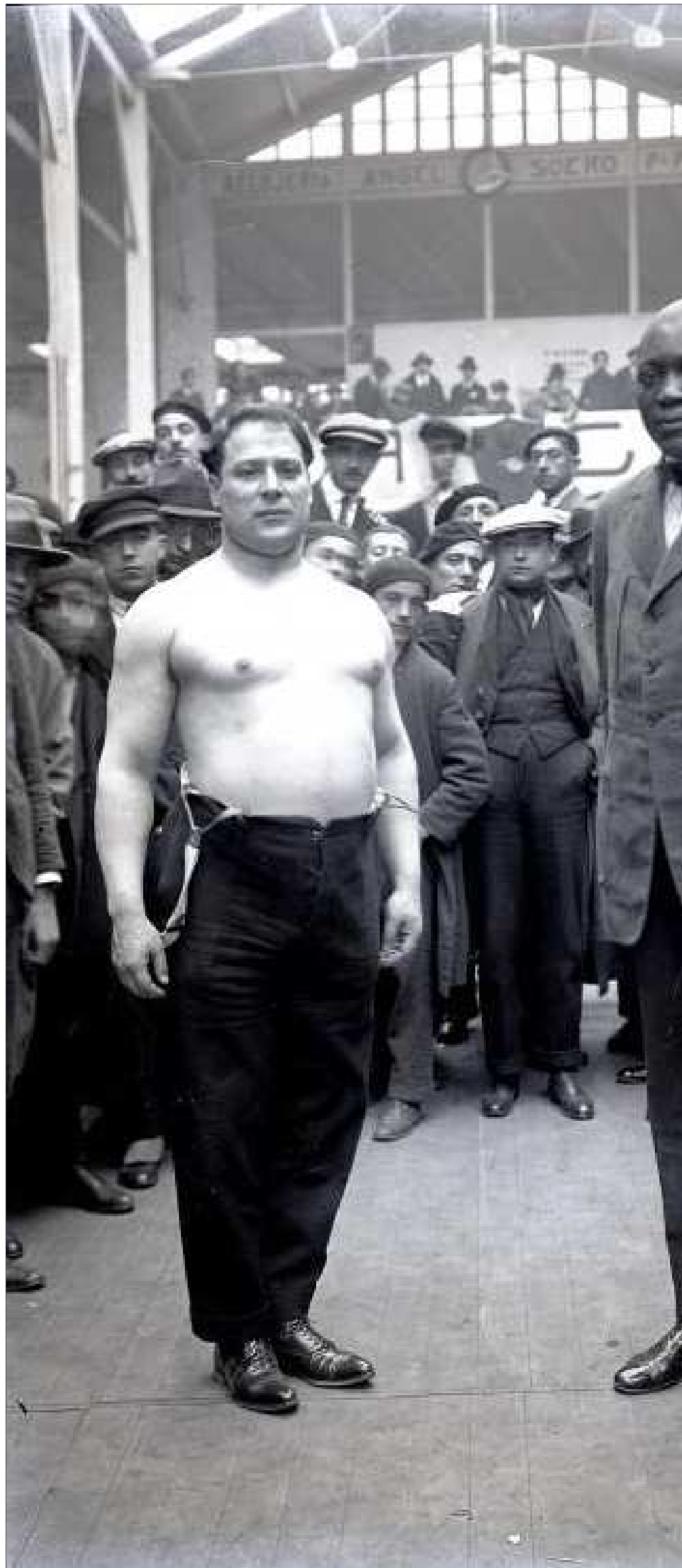
Al año siguiente se recuperó a otro boxeador para arrebatarse el título. Era la búsqueda de la gran esperanza blanca. Se echó mano de un ex campeón del mundo ya retirado, Jim Jeffries. Esa pelea fue antológica. El ambiente estaba muy caldeado en aquel pueblo de Nevada, Reno, después de que muchos estados se negaran a acoger el campeonato por miedo a motines racistas. Nadie daba un dólar por el vigente campeón, las manifestaciones de los grupos religiosos y de extrema derecha se sucedían para parar aquel combate injurioso para su moral. Hasta la afamada revista *Collier's Weekly* recogía que la victoria recaería de lado del blanco porque «tiene detrás treinta siglos de tradición». Con este panorama, Johnson acabó con él rápidamente. Dis-

turbios en todo el país estallaban contra la comunidad afroamericana.

El sueño de los blancos se hacía añicos. Aquel hombre era imbatible. Era una humillación que un negro, hijo de esclavos, fuera mejor que un blanco. Todo eso a pesar de que la constitución garantizase los derechos y que una enmienda de 1870 dijera que «ni los Estados Unidos, ni ningún otro Estado, podrán desconocer ni menoscabar el derecho de sufragio de los ciudadanos de los Estados Unidos por motivo de raza, color o de su condición anterior de esclavos». Pero una serie de leyes tramposas marginaron a los negros y esquivaron la Constitución.

El golpe más fuerte de Johnson no había sido en el rostro de Jeffries o de Ketchel –varios dientes se quedaron en el guante del campeón mundial–. Era más. Había noqueado la ideología reinante. Un desbarajuste difícilmente asumible, por lo que se recurrió a otra ley, la Ley Mann, para condenarle a un año de cárcel. ¿Su delito? «Cruzar una frontera con una mujer con propósitos inmorales». Esta ley rara vez se aplicaba entre los ciudadanos blancos, pero fue la coartada para frenar la hemorragia en el pensamiento americano.

Fue en ese tiempo que abandonó los Estados Unidos para burlar la cárcel cuando visitó Cantabria. Primero lo hizo en 1915, fecha en la que se da el pistoletazo de salida en la afición al boxeo. Según la enciclopedia de Pe-



Urgatechea y Jack Johnson en los salones de la Unión Deportiva Montañesa, 1919. /ALFREDO WÜNSCH CANTERO. COLECCION



WÜNSCH CANTERO. COLECCIÓN SIXTO CÓRDOVA, CENTRO DE DOCUMENTACIÓN DE LA IMAGEN DE SANTANDER (CDIS).

pe Montaña, la visita del campeón sirvió para «purificar el ambiente» ya que «aquel erróneo concepto que se tenía del boxeo iba a cambiar muy pronto». La segunda visita sería cuatro años después a la Unión Deportiva Montañesa, el 19 de marzo de 1919, y se organizó un «brillante festival al que concurrieron todos los montañeses entusiastas del deporte», según narra la revista La Montaña publicada en ese mes de marzo.

Dicha pelea se organizó en los salones de El Alcázar. Sería acompañado de Enrique Ugartechea cuando haría aparición en la región. Ugartechea era un boxeador mexicano, amigo personal, y quien promovió los combates del americano en tierras mexicanas después de que luchara en Europa, Argentina y La Habana. Se habían conocido en una travesía marítima.

La primera visita del gigante de Galveston a Cantabria fue después de perder el reinado. Esa derrota se dijo que era un arreglo para volver a su país. Pero lo cierto es que no fue hasta 1920 cuando pisó de nuevo Estados Unidos y cumplió el año de cárcel al que estaba condenado.

El hombre que removió las conciencias americanas, el negro rebelde, mujeriego y amante de las letras, se identificaba con Napoleón. Era arrogante con sus rivales y no se encomendaba al rol que la sociedad le había otorgado. Cierta día circulaba muy rápido por una carretera. La policía le paró y le multó con 50 dólares. Johnson sacó 100 dólares y se los entregó: «Con esto pago mi siguiente multa, porque voy a volver a la misma velocidad».

Esas provocaciones a una sociedad anquilosada al más férreo conservadurismo, y otras tantas, como casarse con tres mujeres blancas, no fueron impedimento para que en sus visitas a Santander se le elevara a los altares. A pesar de la historia reciente de la ciudad —cuando en la década de los 70 se abolió la esclavitud, Santander creó una fuerte oposición junto a otras ciudades españolas por los intereses económicos— la llegada del americano, como así lo recogen los documentos de la época, fue memorable.

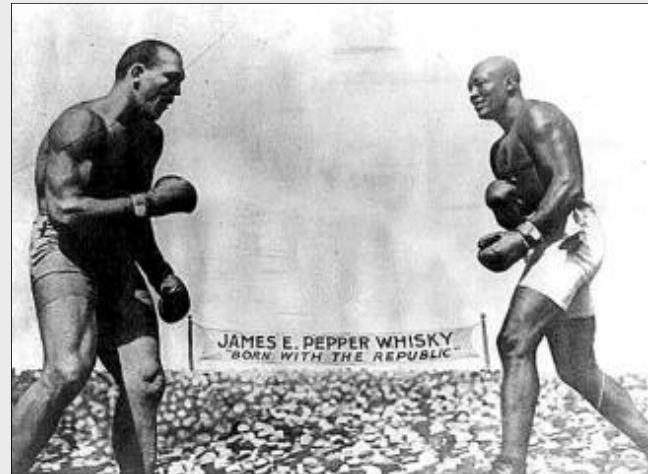
Se demostraba que los negros eran tan iguales a los blancos pero que seguirían a la sombra. El deporte siempre ha estado unido a las reivindicaciones políticas, y los estados se han servido de él para demostrar su potencial. Pero no siempre sale bien. Jesse Owens echó por tierra las teorías de Hitler al arrasar en los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936; en 1968, los dos atletas negros americanos subidos al podio levantaron el puño envuelto en un guante negro cuando sonaba el himno americano en forma de protesta; Sudáfrica, paradigma del oprobio mundial a los negros hasta 1994, fue vetada de las competiciones deportivas mundiales por el régimen del apartheid; y el Mundial de rugby en 1995 de ese mismo país fue el símbolo de reconciliación de un país al filo de una guerra civil.

En el caso americano, la igualdad estaba garantizada por una constitución antiquísima. «Todos son iguales». Pero Johnson murió en 1946 tras estamparse con el coche después de salir furioso de un restaurante en el que se negaron a servirle la comida por su color de piel. En la práctica, como en la novela de George Orwell, «algunos son más iguales que otros».

JACK JOHNSON

## Azote de la América aria

El hijo de esclavos tumbó a 'La gran esperanza blanca', Jim Jeffries



> «La gran esperanza blanca», por la lona

James Jeffries se había retirado, pero la presión de toda Norteamérica —Mark Twain demandaba una *Gran esperanza blanca* para la ocasión— lo sacó de su reclusión, algo en lo que ayudó de buena manera las provocaciones de Johnson. El combate fue uno de los acontecimientos deportivos de la historia y Jeffries cayó por la lona en tres ocasiones. Las celebraciones de la comunidad negra por todo el país se saldaron con 25 muertos y numerosos intentos de linchamiento.



> Transgresor

Johnson hizo de la provocación una marca de la casa. Era un mujeriego y se casó en cuatro ocasiones, tres de ellas con mujeres blancas. Un matrimonio mixto en la Norteamérica de entonces era algo difícil de soportar para millones de personas, pero el boxeador no se arredró e hizo ostentación de ello allí por donde pasaba. Al cruzar una frontera estatal fue detenido por hacerlo en compañía de una mujer blanca y, por consiguiente, propósitos inmorales. Fue condenado a un año de cárcel.

> 'Bon vivant'

Al mítico boxeador le gustaba vivir bien. Era un dandy. Le gustaba la velocidad —de hecho acabó sus días en un accidente de tráfico—, los viajes y la buena vida en general. Llevaba el color de su piel con orgullo e hizo bandera de él. También era mítico. En su exilio-periplo europeo fue saludado por multitudes, también en Santander. En México tuvo auténticos devotos, entre ellos Ugartechea, que lo ayudó en lo que pudo. No fue su vida, sin embargo fácil, y hace unos meses el senador McCain le pidió a Obama el indulto póstumo.